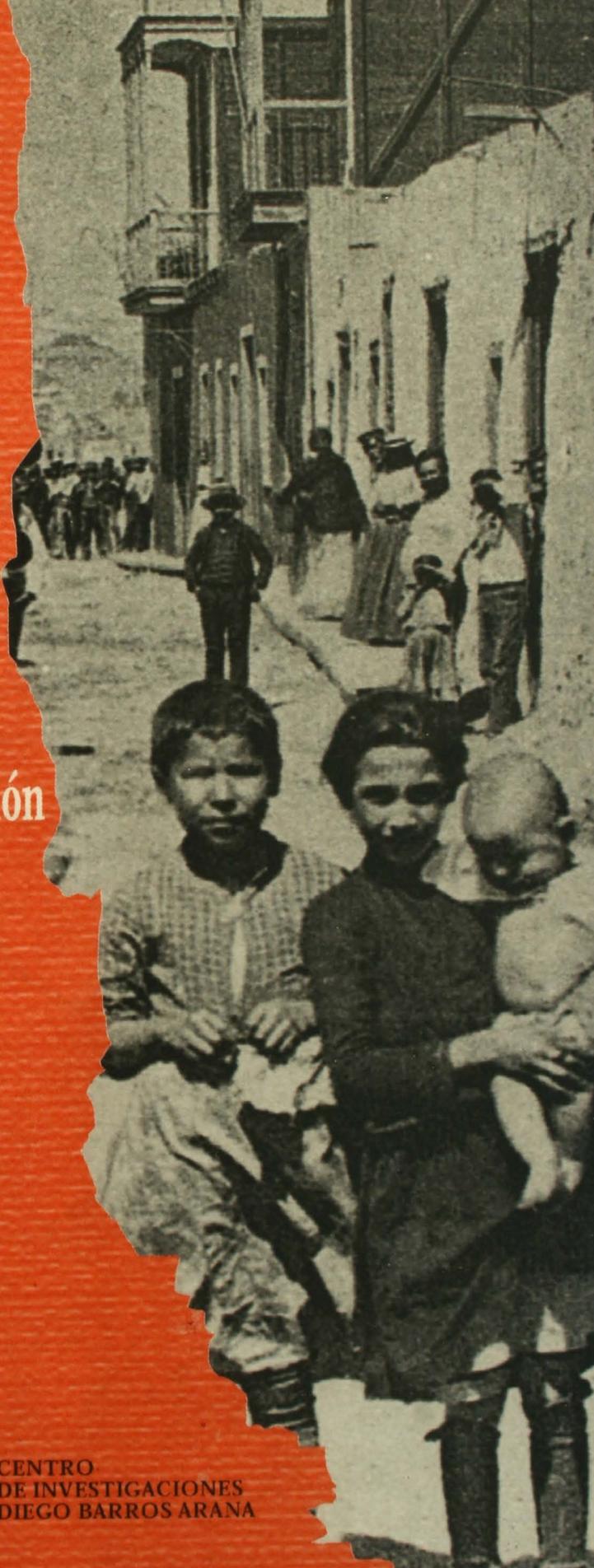


Sergio González
Miranda

Hombres y mujeres de la Pampa

Tarapacá en el ciclo de expansión
del salitre



HISTORIA



Universidad Arturo Prat



CENTRO
DE INVESTIGACIONES
DIEGO BARROS ARANA



que limpiar la cuadra, barrer la oficina, hacer el aseo a la sala de recepción de los pacos, después de ahí nos mandaban a lavar al corral. Ibamos dos, dos caballos cada uno, lo llevábamos para allá pa'l corral y los metíamos al agua y después le tirábamos con una manguera agua y después nos veníamos al galope para acá...”

S.G. ¿Y su mamá no le decía nada?

J.M. “Si mi mamá no sabía nada de eso, oiga”.

También oficios de mujeres fueron comunes en los pueblos, debido a que éstos eran verdaderas plataformas de servicios para las salitreras que estaban a su alrededor. Las casas de juegos, los prostíbulos, las iglesias, los hoteles, casas comerciales, etc. contrataban mujeres.

5.4. Las condiciones de vida de los pampinos.

Dos mitades de palos de escoba en los extremos y un saco “garibaldi” a modo de hamaca era la cuna pampina. Con un largo cordel amarrado de un extremo, desde la cocina, desde la batea o de la mesa del planchado, la mujer de la pampa mecía a sus hijos.

El piso de tierra no levantaba polvo. Las bancas y la mesa rústica eran los muebles más comunes, aunque no era extraña una romántica silla vienesa enjuncada. El dormitorio con sus “patas de oso”, el velador cubierto con un paño bordado que ocultaba el tarro parafinero del mismo tipo que soportaba la calamina aplanada de los catres pampinos. Y la palmatoria, habitualmente un bien cortado tarro duraznero y su invaluable vela de cebo.

En el informe de la Comisión Gobierno de 1919, sobre las habitaciones en las salitreras se lee “salvo una que otra honrosa excepción, no son de mejor calidad que las viviendas populares de los centros urbanos. Se las designa con el nombre de ‘campamento’, palabra que por sí sola indica muy bien sus características distintivas.

Se trata ordinariamente de construcciones provisorias, simples galpones de calamina o planchas delgadas de fierro galvanizado, divididos por planchas del mismo material en pequeños compartimientos, de los cuales cada uno constituye la casa habitación de una familia obrera.

Parece casi inoficioso agregar que aparte de la estrechez, de la promiscuidad, de la falta de ventilación y en suma, de todo lo que constituye una habitación sana y cómoda, esta clase de construcciones tiene además el grave defecto de ser absolutamente inadecuada a las condiciones climáticas de la región”.

Son bastantes los testimonios gráficos de ramadas de saco, calaminas y palos, detrás de las corridas de casas de los campamentos. Esto llevó a pensar a muchos investigadores de la vida en la pampa, que los pampinos vivían en chozas de saco. Sin embargo, es preciso señalar que gustaba del pampino la crianza de animalitos, aves, roedores como conejos y cuyes y los infaltables cerdos, entre otros, además de los perros y gatos tan comunes en todas partes, todos alimentados con las sobras de la comida de casa, por tanto, esas

ramadas eran –con excepción de los chanchos– los espacios de sus animales. En algunos casos, varios vecinos aportaban a la alimentación de los cerdos de una familia, la que después entregaba a éstos parte de la crianza a modo de retribución.

La casa pampina, dos o tres piezas de 4 x 4 metros, de calamina o costra, era lo más habitual en los campamentos de comienzos de siglo. La calamina, gran captadora del calor en el día desértico y por la noche transformaba la camanchaca en rocío. Si podemos elegir un material de construcción no pertinente para el clima de la pampa es la calamina, pero en la pampa se empleó de pared, techos, chimenas, catres y bateas. Llegó hasta los pueblos precordilleranos como un símbolo de la influencia del enclave. La calamina es como la pampa: un sacrificio pero querida.

Después de 1925 vino una importante reforma habitacional³⁰, quedando atrás los tristes campamentos de costra y saco, a pesar que fue el período más pobre en ingresos de salitre y yodo. Un ejemplo destacado fue la construcción de la oficina Humberstone en 1934, en el lugar de la antigua oficina La Palma. Contaba con toda infraestructura de servicios, teatro, mercado, feria, baños, piscina, sindicatos, escuela, iglesia y una plaza al centro de un campamento urbanizado.

Desde la perspectiva de los apologistas del colonialismo inglés, es posible que denominen a los campamentos y habitaciones pampinas como de sobrias y austeras, aduciendo que también los ingleses habitaron bajo la costra y la calamina. Así como desde el punto de vista de los apologistas del proletariado digan que los pampinos vivían en chozas, “la choza mustia”. Un apego a los hechos que no permiten dos interpretaciones: las habitaciones obreras eran pequeñas y no más de tres por casa, la calamina captaba todo el calor del desierto pampino, así como crujía con el hielo nocturno y la camanchaca, y hubo casas con techos y paredes de calamina. La costra era más acogedora, pero más rústica, sin duda, aunque tenían un estuco de una especie de yeso en las paredes bastante irregulares.

El pino oregón en pisos y paredes fue privilegio de la administración o de los empleados en algunas oficinas. Sin embargo, y definitivamente, las casas obreras no eran chozas, ni de paja ni de saco. Se debe aclarar sí que durante el período de las Paradas, el techo solía tener vigas muy rústicas amarradas con cueros de llaños y cubiertas con cueros o sacos; también se usó bastante la caña. En los patios de acopio de salitre hubo sombras extensas y altas de cañas hasta el período de la COSACH.

Los campamentos no fueron grupos de chozas irregulares, sino que conformaron calles con una mínima planificación urbana, que separaba al campamento obrero de los corrales y de la máquina de elaboración, lo separaba de las casas de los empleados y de la admi-

30 Se debe reconocer que ya a comienzos de la década de los veinte se iniciaron construcciones en oficinas salitreras de viviendas en adobes (aprovechando las borras de los ripios), ej. Irene y Primitiva en Tarapacá y Chacabuco en Antofagasta, que contaban con dos o tres piezas más patio y cocina, incluso se iniciaron construcciones de baños públicos en los campamentos. (ver artículo de la redacción de la revista *Caliche* vol. III, No 21, de enero de 1921, llamado “Las habitaciones obreras en la pampa salitrera”)

nistración, en una división social-espacial odiosa. Y la administración además, se ubicaba estratégicamente para escrutar y vigilar a todo el campamento. Si bien no hubo entre los obreros separaciones y discriminaciones claras y evidentes que recoja la memoria histórica³¹, sí hubo campamentos con mayor población indígena o boliviana que otros, y calles donde predominaba una nacionalidad, región o ciudad de origen³².

Cabe señalar que las condiciones de vida de los obreros y empleados, variaba de oficina en oficina, cantón en cantón³³. Pero existía una notoria diferencia según la nacionalidad del empleador; por ejemplo, las oficinas salitreras con condiciones de vida más bajas eran las españolas y las con mejor situación, las alemanas. Las oficinas salitreras chilenas/peruanas no se destacaban por sus comodidades, pues eran generalmente pequeñas y pobres. Las inglesas variaban según la Compañía Salitrera, pero solían ser todas muy "austeras y sobrias". Sin embargo, las salitreras tomadas como un todo, tenían mejores condiciones de vida que las salineras y especialmente que las guaneras, que se destacaron por la descarnada explotación de los "peones" y los padecimientos a los que se vieron sometidos.³⁴ Y posiblemente, como lo reclamaron los propios salitreros, mejor que los campesinos chilenos de la época.

La alimentación fue parte fundamental de las condiciones de vida en la pampa:

5.4.1. *Las cocinas.*

Según la señora María Tu-Kin, las cocinas de la mujer de la pampa eran "cocinas económicas, de carbón. Cuando no se tenía, las mismas mujeres las hacían, con cuatro tarros llenos de tierra, se ponía la calamina encima, se hacía un hornillo para arriba con barro, que quedara a la altura de uno; se hacía de parrilla con fierros, ahí estaban las brasas, arriba pasaba la llama, con un cañón por donde salía el humo hacia arriba. Cuando no se tenía se hacían también estirando las calaminas, después se hacían dos hoyitos y otro para el cañón, si no se tenía cañón se enrollaba una calamina, se amarraba con alambre y listo el cañón. Así se hacían, pero casi todas las casas de las oficinas tenían cocina hecha, más tres piezas grandecitas: comedor, dormitorio y cocina. En el patio el gallinero y una ramada donde estaba la batea. Las casas eran de calamina o costra". La señora María se refiere en su relato a las oficinas y pueblos del cantón sur de Tarapacá: South, north y centro Lagunas, y el pueblo de lagunas.

31 Sin embargo, la disputa entre el obrero organizado y el boliviano o indígena no comprometido fue importante en algunas circunstancias.

32 Es el caso de los grupos humanos venidos de Cochabamba, Oruro, el Norte chico chileno, etc.

33 Incluso de región a región, pues por información de nuestros entrevistados, Taltal tenía las oficinas salitreras más pobres de toda la región salitrera.

34 Mario Zolezzi Velásquez, *Las Guaneras de Tarapacá*. MS, TER, Iquique, 1990.

5.4.2. *El mundo del campamento.*

Al mirar las fotos de gente en los campamentos salitreros, se llega a la conclusión que son las más escasas y que en cambio proliferan las fotos de “la máquina”; podemos encontrar rostros morenos que delatan al negro, rostros aguileños de indígenas, el blanco no solamente lo encontramos retratado en los pasillos de la administración, también está en las faenas y en las cantinas. Todas las razas caminaron por las calles de los campamentos salitreros, todas las ideas de la época recorrieron las cabezas de los obreros, las costumbres del campo eran normales en un mundo que se hacía ciudadano.

Es muy interesante descubrir la complejidad cultural vivida en la pampa salitrera por hombres y mujeres, especialmente al observar la coexistencia de dos formas de expresión cultural, que en cierta medida son contradictorias, es el caso del uso del discurso obrero por un lado y, la existencia del culto y el mito por otro.

Parece increíble la coexistencia coherente de ideales iluministas como la lectura o el ideal anarquista o socialista que, con una rigurosa racionalidad discute la liberación del obrero y su utopía por una sociedad más justa e igualitaria. A tal punto llegaba el convencimiento obrero de su “justa razón” que expone sus puntos de vista al Estado chileno, con la firme idea que sus argumentos serán factores suficientes para una acción estatal en su beneficio. Es tan así la racionalidad de los pampinos que prescinden de Iglesias y administradores formales de fe. Sin embargo, en no pocas oficinas, Angela, Alto Caleta Buena, La Santiago incluso en el cerro guanero de Pabellón de Pica, existieron cruces, la Cruz de Mayo, expresión andina de una cosmovisión telúrica hispánica. Allí, en los pequeños montes y cerros de la gastada cordillera de la costa, en pleno desierto, estaba también el “mallku” o el “apu” andino para dar el poder al hombre y la mujer de la pampa.

Así coexistía la filarmónica con la cofradía, pero el puente entre ambas, la estudiantina, llevó hacia ambas expresiones de música y baile de cada una. De hecho, no pocos eximios músicos venidos de los andes aymara-quechuas formaron parte de esas estudiantinas que amenizaron tantas noches estrelladas y alegres de la pampa.

La pampa gris se llenaba de colores con el carnaval. Un carnaval de raíces indesmentiblemente indígenas. Pero, como nos cuenta don Ricardo Hurtado, el presidente Pedro Montt en su frustrada visita a Tarapacá, en los preparativos no se sabía quién era obrero y quién empleado, pues todos llevaban terno y guantes blancos. La memoria de los aguasantinos, sea por vivencia propia o contada de padres, no puede olvidar ese pasaje de orgullo ciudadano.

El partido político, la sociedad de resistencia, el gremio y después el partido político obrero, expresan la cabeza de puente que vinculó al pampino con la sociedad civil y el Estado nacional. La cofradía, la cotidianeidad del campamento, la estudiantina, la feria, vincularon al pampino con su origen campesino o pueblerino, allí elaboró su lenguaje coloquial tan lleno de metáforas y sincrético.

Así también, la huelga, fue la expresión activa del discurso racional y liberador del obrero expoliado, en cambio, la festividad, el carnaval, la cruz de mayo la Tirana, los nacimientos, etc., fueron la expresión activa del culto, del mito que el pampino llevaba subyacente en su personalidad dual.

El hombre y la mujer de la pampa tuvieron acceso a la palabra y al culto, a la racionalidad y al mito. A la utopía y a la superstición.

La misma jovencita que entregara su esfuerzo en un rol de contenido social en el teatro obrero o en una comedia del teatro costumbrista tan popular en la pampa, en nada se contradecía que diera lo mejor de sí bailando para la china, la Carmela de la Tirana. Para ambos roles la preparación era ardua y de meses. Ahí estaba el teatro al alcance del joven o la niña de la pampa, y allí también la cofradía, sin prestigios excluyentes, abría sus puertas al que la quisiera cruzar. Este era el mundo del obrero, no del empleado³⁵.

El campamento salitrero tenía un corazón que latía: la retreta. Allí las estudiantinas tocaban para los pampinos, el oficio de músico fue muy importante en la pampa, como importantes fueron las estudiantinas. Se destacaron como músicos los tarapaqueños de los diversos pueblos precordilleranos (especialmente Mamiña). Las bandas de las cofradías como las filarmónicas requerían de los músicos autodidactas de la pampa. Ellos alegraron los días grises de las crisis e iluminaron como el sol eterno del desierto.

Veamos parte de una entrevista a don Juan Mollo, quien fuera músico pampino...

S.G. *Don Juan, ¿usted fue músico o no?*

J.M. "Sí"

S.G. *¿Usted formó parte de alguna estudiantina?*

J.M. "Sí, en la oficina salitrera; teníamos una orquesta en Constancia y en Santa Laura también".

S.G. *¿Era banda o estudiantina?*

J.M. "...Estudiantina, pero había un clarinete que tocaba agregado a los instrumentos de cuerda también; una vez falleció uno del gremio que tocaba el clarinete, era de Mamiña y tocaba muy bonito; yo tocaba el violín y bandola también".

S.G. *¿Quién le enseñó a usted?*

J.M. "Yo solo aprendí a tocar, resulta que mi tío tenía una guitarra y ahí aprendí yo".

S.G. *¿Usted conoció la banda de música de Cala-Cala?*

35 Para tener una buena mirada, analizada y reflexionada, ver las excelentes obras: Julián Cobo, *Yo ví nacer y morir los pueblos salitreros*. Ed. Quimantú, 1971. Mario Bahamonde, *Pampinos y salitreros*. Ed. Quimantú, 1973.

J.M. "De Cala-Cala no, pero habían muchos músicos que después estaban en Humberstone también".

S.G. ¿Y usted conoció a don Rigoberto Cruz Palape?

J.M. "...Como no pues, si fue profesor mío don Rigoberto Cruz y tenía un hermano casado en la quebrada de Tarapacá; él se llamaba Nasario Cruz; muy buen músico don Rigoberto. Cuando yo aprendí por música habían tres profesores, uno era un tal... cómo se llamaba este caballero... que ahora último cuando fui a los baños de Mamiña³⁶ fui caminando al cementerio y encontré el letrero con el epitafio de él; y el otro era don Emilio Luza; también era director de banda".

S.G. Así que don Rigoberto Cruz fue buen músico

J.M. "Claro, en ese tiempo él tocaba pistón".

S.G. ¿Él le enseñó a usted?

J.M. "Claro, me enseñó a mí".

S.G. ¿Dónde?, ¿en qué oficina?

J.M. "...En la oficina San Jorge, de Huara para este lado de San Jorge; ahí formaron una bandita chica no más de 7 u 8 músicos nada más".

S.G. ¿Usted tocó en las bandas de las cofradías de la Tirana?

J.M. "Sí, claro".

S.G. ¿Lo contrataban?

J.M. "...Claro, con un caballero de Jaiña que se llama Esteban Vilca; él me contrató una vez y yo no pertenecía a esa banda sino que él hizo la contrata de la banda de música para la comparsa de morenos, así que fui como dos o tres veces tocando para la Tirana".

S.G. ¿En qué bailes?

J.M. "Morenos y Pielas Roja también; al último fui a los Pielas Roja, pero primero de Moreno".

S.G. ¿Y ahí qué tocaba usted?

J.M. "Tocaba barítono, yo tocaba barítono y trompeta".

S.G. ¿Usted tocaba varios instrumentos?

J.M. "Claro, yo tocaba guitarra, violín, bandola, trompeta, al clarinete también le pegaba algo, el acordeón también. He sido muy entusiasmado a la música yo".

S.G. ¿En los salones se tocaba harto?

36 El valle de Mamiña fue prodigioso en músicos, muchos de los cuales fueron contratados para las bandas de los regimientos Carampangue y Granaderos.

J.M. "...Claro, también cuando estaba en Huara y en la oficina Constancia, habían hartos salones en Huara en la calle Carrera y ahí también tenía una cabrona conocida y me hacía tocar también ahí el acordeón; hasta el último estuvo la señora esa".

S.G. La pasaban bien entonces.

J.M. "Sí, la música ya se me ha ido de la mente; muy poco ya queda".

S.G. ¿Ud. compuso alguna vez canciones?

J.M. "No, leía no más, pero no he compuesto".

S.G. ¿En las filarmónicas tocó?

J.M. "Sí, en Ramírez".

S.G. ¿Cómo se llamaba la filarmónica?

J.M. "...La filarmónica no sé cómo se llamaba, era la de la oficina, pero en ese tiempo era muy decente así que cuando se hacían los bailes todos los socios tenían que ir de terno negro, calcetines blancos, zapatos negros, pantalones blancos de lanilla, vestón negro y corbata de humita. Ahí también toqué en la filarmónica en Ramírez; también por un amigo que estaba tocando ahí y me invitó".

S.G. Eran bonitas las filarmónicas parece...

J.M. "Sí, en la Valparaíso había una filarmónica muy linda; en Rosario de Huara también".

5.5. Oficios y faenas de niños y jóvenes en la pampa salitrera.

*"...Cuando ya sea con Dios, que no dé el ala de un ángel para refrescar la magulladura de mi corazón; extienda sobre el azul las cabelleras de los niños que amé, y pasen ellas en el viento sobre mi rostro eternamente"*³⁷.

5.5.1. El mundo laboral y lúdico de los niños en la pampa de Tarapacá.

*"...Desde sus ojos tristes
vestido de hombre
el pequeño matasapo
mira el salitre que ha de reducir..."*³⁸.

37 Gabriela Mistral, "Los Cabellos de los niños", en *Desolacion*. Ed. Andrés Bello, 1979, p. 197.

38 Fragmento de "Matasapo" de E. Correa Jiménez.